

# Más allá del posthumanismo

Antropotécnicas  
en la era digital

José Ignacio Galparsoro



---

JOSÉ IGNACIO GALPARSORO

MÁS ALLÁ  
DEL  
POSTHUMANISMO

*Antropotécnicas en la era digital*



EDITORIAL COMARES  
GRANADA, 2019

SERIE  
FILOSOFÍA HOY

*Dirigida por:*  
JUAN ANTONIO NICOLÁS  
(jnicolas@ugr.es)

68

Este trabajo se enmarca en el Proyecto de investigación financiado por la Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU) (Ref.: EHU15/02), del que el autor es el investigador principal.



© José Ignacio Galparsoro

Editorial Comares, S.L.  
Polígono Industrial Juncaril  
C/ Baza, parcela 208  
18220 - Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

<https://www.comares.com> • E-mail: [libreriacomares@comares.com](mailto:libreriacomares@comares.com)  
<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>  
<https://www.instagram.com/editorialcomares>

ISBN: 978-84-9045-908-9 • Depósito Legal: Gr. 1564/2019

FOTOCOMPOSICIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: COMARES



*A Rita, sine qua non*



---

## SUMARIO

INTRODUCCIÓN .....	XI
I. POSTHUMANISMO Y MEJORAMIENTO BIOMÉDICO .....	1
II. POSTHUMANISMO E INMORTALIDAD .....	13
III. CONTRA EL POSTHUMANISMO, EN DEFENSA DE LA NATURALEZA HUMANA: EL HIPERHUMANISMO DE FUKUYAMA Y HABERMAS .....	19
IV. ARGUMENTOS CONTRA LAS POSICIONES EXTREMAS DEL HIPERHUMANISMO Y DEL POSTHUMANISMO .....	25
V. LA NATURALEZA TÉCNICA DEL HOMBRE .....	37
VI. LA NATURALEZA DE LA TÉCNICA. LA SUPERACIÓN DE LAS DICOTOMÍAS NATURALEZA/TÉCNICA, NATURALEZA/HOMBRE .....	43
VII. LA HIBRIDACIÓN HOMBRE-MÁQUINA .....	55
VIII. TÉCNICA Y TECNOLOGÍA .....	61
IX. ANTROPOTÉCNICAS .....	69
X. LA ASCESIS COMO EJERCICIO. LA FILOSOFÍA COMO EJERCICIO .....	75
XI. LA FILOSOFÍA COMO ANTROPOTÉCNICA CONDUCTENTE AL MEJORAMIENTO HUMANO ..	79
XII. EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN DIGITAL EN LA LECTURA Y EL PENSAMIENTO PROFUNDOS ..	83
XIII. LA FILOSOFÍA EN PELIGRO: LA AMENAZA DE LAS TECNOLOGÍAS DIGITALES .....	103
XIV. CONCLUSIÓN: MÁS ALLÁ DEL POSTHUMANISMO. POR UN HUMANISMO POSTANTROPOCÉNTRICO .....	109
BIBLIOGRAFÍA CITADA .....	117



---

## INTRODUCCIÓN

Una de las principales lecciones que se pueden sacar del evolucionismo darwiniano es que el ser humano es un resultado más del ciego proceso evolutivo. Pero se trata de una criatura muy peculiar porque es la única que parece haber comprendido el mecanismo que le ha llevado hasta su presente como especie. El haber conseguido esto es ya un gran logro. Pero hay quien no se conforma con saber y quiere pasar a la acción, planteando seriamente la posibilidad de aplicar las tecnologías biomédicas que tenemos a nuestra disposición con el fin de actuar sobre el proceso evolutivo de manera intencional para que así el ser humano pueda «mejorar» sus prestaciones biológicas, atravesando el umbral de la humanidad para alcanzar una condición posthumana o, en el vocabulario de otros autores, transhumana<sup>1</sup>. Ello significa que se está empezando a despejar el terreno para que el ser humano, con sus herramientas tecnológicas (que conviene no olvidar que son, en última instancia, un producto más de la selección natural) pueda actuar de manera intencional sobre el proceso evolutivo.

<sup>1</sup> En función de qué autores sean considerados (y, en cierta medida, del ámbito geográfico al que pertenezcan) la valoración dada a cada uno de estos términos cambia. Así, un autor como el italiano Marchesini (2002; 2009) considerará más radical el término «transhumanismo» que el de «posthumanismo». También para Rosi Braidotti (2013) es más radical «transhumanismo» (representa ir más allá de los cuerpos) que «posthumanismo» (indica simplemente el deseo creativo de hibridación con lo no humano). Por su parte, un autor crítico con la corriente posthumanista como Fukuyama plantea en algún texto (Fukuyama 2004) que es más radical hablar de «transhumanismo» que de «posthumanismo», mientras que en algún otro (Fukuyama 2002) invierte la valoración de los términos. En el otro extremo, un conocido representante del posthumanismo como el estadounidense Nick Bostrom sostiene que el transhumanismo es una fase intermedia en el mejoramiento humano. El paso más decisivo y radical será el posthumanismo. (Cf. Bostrom, 2005).



Una interpretación muy extendida considera que la racionalidad que caracteriza a la especie humana representa la culminación del proceso evolutivo, su finalidad alcanzada. No obstante, este antropocentrismo logocéntrico parece menos seguro de sí mismo cuando se plantea la posibilidad de que la propia razón humana actúe de manera consciente como factor determinante para modificar el proceso evolutivo. Es una paradoja que al mismo tiempo que se confía en las capacidades de la razón humana se despierte el temor a que ésta pueda jugar un papel protagonista en el diseño evolutivo. Ciertamente, se argumenta, la razón humana es la etapa culminante de la evolución, pero parece más razonable que la evolución siga gobernada por el ciego azar, no sea que la actuación de la razón en el proceso nos conduzca al desastre. La posibilidad de una intervención racional produce vértigo, pues se sospecha que ello no conducirá a nada bueno para nosotros mismos ni para el mundo en el que vivimos. Se viene así a reconocer implícitamente que la propia razón es un producto monstruoso de la naturaleza, en la medida en que puede producir cosas monstruosas, entre las que se incluye la posibilidad de destrucción de esa naturaleza que la ha creado.

En algunos casos, la cuestión hace que se despierten ciertos fantasmas. Se tiene la impresión de que el hombre está suplantando el lugar que tradicionalmente le fue otorgado a Dios. Dios sí sería capaz de proyectar la evolución mediante un diseño inteligente, cuya finalidad sería precisamente el surgimiento de la razón humana. Pero esta última no debería jamás ocupar el lugar de su creador, pues la razón humana no es más que una pálida e imperfecta copia de la perfecta razón divina. Los defensores de la hipótesis del denominado «diseño inteligente» zanján así el problema (Dembski, 1999).

Otros, en cambio, muestran una ciega confianza en la razón humana. Piensan que si la evolución deja de estar en manos del mecanismo de la selección natural (azar más adaptación al medio), los resultados serán beneficiosos para el propio hombre. Manifiestan, pues, un claro optimismo antropológico: existiría una superioridad intrínseca de la razón frente a esos procesos en los que ella no interviene de manera proyectiva y consciente. Y deberíamos poner manos a la obra y aplicar, mediante la correspondiente tecnología, esa supuesta superioridad al proceso evolutivo mismo, de forma que el hombre se pudiera beneficiar de esta ventaja. Plantean algo así como una utopía, con la particularidad de que, a diferencia de otras, no tiene directamente un carácter ni religioso ni político, sino antropobiológico.

Una interpretación muy extendida (aunque, como veremos, demasiado estrecha) de la técnica la considera como el intento de dominar el medio externo al hombre. Para lograr tal fin, el hombre no duda en modificarlo. La aplicación de la técnica al ámbito de la naturaleza para beneficio del hombre puede suscitar algunas voces discordantes. Pero está claro que las protestas (provenientes, en gran parte, de los defensores de las utopías religiosas o políticas) suben de tono cuando se plantea la posibilidad de aplicar la técnica con el fin de modificar la naturaleza humana, para tratar de mejorarla. Los defensores más radicales del posthumanismo plantean precisamente la conveniencia

de trascender los límites actuales de la naturaleza humana para alcanzar un estadio diferente y superior al humano. En el horizonte se adivina la vieja idea de escapar a la mortalidad. Sólo que ahora la promesa de la inmortalidad pasa de las manos de la religión (tradicionalmente, el gestor exclusivo de la espiritualidad) a las de la tecnociencia. La inmortalidad ya no es una promesa que sólo se podría alcanzar tras la muerte biológica del individuo. Los más radicales defensores del posthumanismo sostienen que estamos muy cerca de que esta promesa pueda convertirse en realidad de una manera efectiva, es decir, sin trampas: sin que —como se resignan las promesas de las grandes religiones— tengamos primero que morir para, después de muertos, alcanzar la inmortalidad. Se entiende por qué las resistencias procedentes de los gestores de la espiritualidad sean tan vehementes. Y también se comprende que los gestores de las ideologías políticas (que, a su manera, también prometen una vida mejor) no aplaudan estas posiciones. Ahora bien, es necesario subrayar que las promesas de los más radicales defensores del posthumanismo cuentan con poderosos aliados: tanto las industrias médico-farmacéuticas como las relacionadas con la revolución digital ven aquí abrirse un fabuloso negocio. Estos grandes intereses económicos pueden enturbiar el debate, pues pseudointelectuales visionarios (a veces ingenuamente autoconvencidos de la bondad de sus propuestas o, en otras ocasiones, cínicamente interesados por contribuir a que el balance de las cuentas de quien les paga sea cada vez más beneficioso) pueden terciar en el mismo proponiendo argumentos más o menos descabellados en favor de los intereses de estas industrias.

En todo debate se dan cita una serie de intereses que pueden condicionar un análisis sereno y que aparecen con mayor intensidad cuando se trata de abordar la cuestión de las consecuencias filosóficas de la aplicación de las biotecnologías al ser humano. Estos intereses hacen que el debate se dispute en un terreno muy embarrado. En cualquier caso, éste se está produciendo hoy y el filósofo no puede mirar hacia otro lado. Más bien, ha de considerarlo como una oportunidad positiva para auscultar a nuestro presente. En concreto, para reflexionar sobre la técnica y sobre su aplicación al ser humano y, por añadidura, para detenerse a pensar sobre la cuestión antropológica en las circunstancias actuales. Es claro que las tecnologías cibernético-biomédicas han de ser consideradas como antropotécnicas. Pero no es menos claro que estas tecnologías no agotan el campo de las antropotécnicas. El que la atención se centre en aquéllas no debe hacernos perder de vista el papel predominante que han jugado y continúan jugando para el hombre otro tipo de antropotécnicas a las que podríamos denominar «culturales» —según la denominación de Diéguez (2017: 42)— o «no tecnológicas» —utilizando una expresión menos precisa, pero que tiene la ventaja de no excluir a la cultura del campo de la naturaleza—.

El hecho mismo de que se planteen determinadas cuestiones —como la del control intencional del proceso evolutivo o la de la conveniencia de que el *homo sapiens* abandone su actual condición para convertirse en una entidad que le rebase— puede ser considerado como un síntoma que nos ayude a comprender mejor el mundo en

que vivimos. Estamos asistiendo a una revolución que afecta de lleno al propio ser humano y a una eventual redefinición de su estatuto. Y la filosofía no debe de dejar de prestar su atención a lo que está pasando hoy.

El proyecto del posthumanismo más radical expresa abiertamente la conveniencia de rebasar la actual configuración de los humanos. No parece, pues, preocuparle una eventual muerte del hombre. Podría pensarse que, frente a esta concepción antihumanista, la defensa del hombre vendría por parte de las posiciones que sostienen firmemente la existencia de una naturaleza humana inalterable. No obstante, esta posición supuestamente «humanista» corre el riesgo de confinar al hombre dentro de unos límites demasiado estrechos pudiendo provocar su asfixia y, como consecuencia de ello, también su muerte.

Las páginas que siguen tratan de examinar el problema antropológico desde una perspectiva que se sitúa más allá del posthumanismo. Con la expresión «más allá del posthumanismo» se quiere significar, en primer lugar, la conveniencia de superar la dicotomía entre humanismo y posthumanismo generada precisamente por el debate en torno a este problema. En efecto, no parece razonable resignarse a que el hombre haya de morir, ya sea por rebasamiento —con la aparición de un ser que superaría alguna de las propiedades específicamente humanas— ya por rebajamiento —si se aferrara a unas características que le impedirían desarrollar sus potencialidades—. Entre los dos extremos queda suficiente espacio para que los humanos puedan seguir viviendo. En segundo lugar, se subraya la conveniencia de dirigir la mirada en el debate antropológico a aquellas técnicas que contribuyen a la configuración del hombre y que son conocidas con el nombre de antropotécnicas. Aplicadas al hombre, las tecnologías biomédicas y cibernéticas son antropotécnicas. Pero no son las únicas. Hay otras antropotécnicas con una dilatada historia de miles de años a lo largo de la cual han contribuido al mejoramiento del ser humano. La lectoescritura —antropotécnica necesaria para la aparición de la filosofía y, en general, de todas las disciplinas relacionadas con el mundo del saber— representa un ejemplo especialmente significativo. El libro se hará eco de las voces que advierten del peligro que las tecnologías digitales —y muy particularmente Internet— en estrecha conexión con las versiones más radicales del posthumanismo está representando para aptitudes como la atención profunda, sin la cual no es posible una lectura y un pensamiento profundos y está en riesgo la subsistencia de la filosofía.

Con la expresión «más allá del posthumanismo» se quiere significar, en primer lugar, la conveniencia de superar la dicotomía entre humanismo y posthumanismo generada precisamente por el debate en torno a este problema. En efecto, no parece razonable resignarse a que el hombre haya de morir, ya sea por rebasamiento, ya por rebajamiento. Entre los dos extremos queda suficiente espacio para que los humanos puedan seguir viviendo. En segundo lugar, se dirige la mirada a las antropotécnicas. Aplicadas a los humanos, las tecnologías biomédicas y cibernéticas son antropotécnicas. Pero no son las únicas. Hay otras antropotécnicas con una dilatada historia de miles de años. La lectoescritura representa un ejemplo especialmente significativo. El libro se hace eco de las voces que advierten del peligro que las tecnologías digitales –y muy particularmente Internet–, en estrecha conexión con las versiones más radicales del posthumanismo, hacen correr a aptitudes como la atención profunda y que ponen en riesgo la subsistencia misma de la filosofía.

José Ignacio Galparsoro es Doctor en Filosofía por la Universidad de París-Sorbona (París-IV) y profesor titular en el Departamento de Filosofía de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU), donde imparte las asignaturas «Historia de la Filosofía Contemporánea» y «Antropología Filosófica». Entre sus investigaciones figuran estudios sobre autores de la Filosofía Contemporánea o sobre temas de actualidad (antropología filosófica, biología evolucionista o la cuestión de las antropotécnicas).



COMARES  
editorial

ISBN 978-84-9045-908-9



9 788490 459089